



La Santa Sede

**DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
AL SEÑOR CARLOS SAÚL MENEM,
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA***

Viernes 19 de octubre de 1990

*Señor Presidente,
Excelencias,
Señoras y Señores:*

Me es muy grato tener este encuentro con el Primer Mandatario de la República Argentina, acompañado de altos funcionarios de su Gobierno, y, ante todo, me complazco en presentarles un deferente saludo, junto con mi más cordial bienvenida.

Su visita a la Santa Sede es una feliz circunstancia que viene a reafirmar los estrechos lazos que existen entre ella y la Nación argentina, y que me permite expresar, una vez más, el afecto que siento por todos los hijos de vuestro noble País, que tantas muestras de adhesión y cercanía ha dado hacia el Sucesor de Pedro.

A este propósito, no puedo por menos de evocar las visitas pastorales, realizadas en 1982 y en 1987 a la República Argentina, durante las cuales pude apreciar el calor humano, la hospitalidad, el entusiasmo, así como las aspiraciones de justicia y paz que brotan de un pueblo que se siente unido por fuertes vínculos de fe.

Argentina es un país que se distingue por su cultura, por su nobleza de espíritu, por su fe en Dios y en los ideales cristianos. El pueblo argentino, a lo largo de su historia, ha hecho suyo el mensaje evangélico, que ha marcado su vida y costumbres. A este respecto, el preámbulo de vuestra Constitución invoca a Dios como “fuente de toda razón y justicia”. Es éste como un llamado para los dirigentes del País, a fin de que en el desempeño de sus responsabilidades como ciudadanos investidos de autoridad, no dejen de inspirar sus actuaciones en estos

principios.

En mis viajes apostólicos a los Países de Latinoamérica he podido apreciar lo que yo llamaría una creciente inquietud moral, que se manifiesta, a veces, en formas de crisis sociales o con otros fenómenos, como la violencia, el desempleo, la marginación, que provocan desequilibrios y amenazan la pacífica convivencia. Tampoco la Argentina escapa a esta problemática, que afecta a amplios sectores de la población y que demanda una mayor responsabilidad social a todos los niveles y un más decidido empeño por el bien común.

A este respecto, los Obispos argentinos, movidos por su solicitud pastoral, no han dejado de señalar tales situaciones, tratando de proponer vías de solución desde su propia misión eclesial. “En muchas oportunidades —decían en un reciente documento colectivo— hemos caracterizado como una crisis fundamentalmente moral la situación tan compleja por la que atraviesa hoy la sociedad argentina” (N. 37.).

Los desafíos del futuro son, en efecto, numerosos y representan innegables obstáculos no fáciles de superar. Pero ello no debe ser motivo de desánimo ni desaliento, pues contáis con la mayor riqueza que puede tener un pueblo: los sólidos valores cristianos que han de dar un impulso en la construcción de una sociedad más justa, fraterna y floreciente.

Una sociedad donde reine la laboriosidad, la honestidad, el espíritu de participación a todos los niveles. Una sociedad que lleve el sello de los valores morales y trascendentes como el más fuerte factor de cohesión social. Una sociedad en la que sean siempre tutelados y preservados los derechos fundamentales de todos los ciudadanos, las libertades civiles y los derechos sociales. Un país en el que la juventud y la niñez puedan formarse en un ambiente de limpieza moral, y en el que los menos favorecidos encuentren apoyo y estímulo para integrarse plenamente en la común tarea de edificar un futuro mejor.

Argentina es una nación católica. Que no dejen los argentinos debilitar este legítimo orgullo ni mermar la responsabilidad que ello entraña. Los insoslayables problemas que tanto les preocupan afrontélos con clarividencia y espíritu de fraternidad, con la participación responsable de todos y con la mirada puesta en Dios, cuya ayuda no les ha de faltar.

Mi mensaje de hoy quiere ser de aliento y esperanza. Sé que todavía no han desaparecido heridas y antagonismos de un pasado aún no lejano, lo cual dificulta la cohesión social y las legítimas aspiraciones de progreso. Por ello se hace más necesario un renovado esfuerzo por superar cualquier forma de enfrentamiento y fomentar una creciente solidaridad entre todos los argentinos.

Aquí se sitúa precisamente el importante papel que desempeñan los valores espirituales. Por ello, cobra justa dimensión la llamada del Episcopado argentino al poner en guardia contra el

secularismo que afecta directamente a la fe y a la religión.

La Iglesia, Señor Presidente, cumpliendo la misión que le es propia, reafirma su vocación de servicio a las grandes causas del hombre, como ciudadano y como hijo de Dios. Los principios cristianos que han informado la vida de la Nación argentina a lo largo de su historia, tienen que infundir una esperanza viva y un dinamismo nuevo que lleve a su País a ocupar el puesto que le corresponde en el concierto de las Naciones.

En esta perspectiva, la Santa Sede no puede por menos de apoyar los esfuerzos que se están llevando a cabo para dar un mayor vigor y eficacia al principio de la unidad e integración latinoamericana. Es éste un noble ideal que exige la generosa contribución de todos para hallar remedios a los males que aquejan a tantas personas de vuestro continente. Cuando está ya próxima la celebración del V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo, hago votos para que todos los pueblos latinoamericanos, fieles a sus tradiciones más nobles y a sus raíces cristianas, caminen por la vía de la reconciliación y de la fraternidad, en un esfuerzo común para superar las divisiones en favor de la deseada unidad.

Al concluir, Señor Presidente, quiero reiterarle mi vivo agradecimiento por esta visita, y en su persona rindo homenaje a toda la Nación Argentina, mientras invoco sobre ella las bendiciones de Dios.

*AAS 83 (1991) p. 484-486.

Insegnamenti di Giovanni Paolo II, vol. XIII, 2 pp.893-895,

L'Osservatore Romano 20.10.1990 p.5.

L'Osservatore Romano. Edición semanal en lengua española n. 43 p.11.